

Comentario

Domingo XXIV del tiempo ordinario. Ciclo C

Lc 15,1-30

a. Contexto

Es la misma de la actualidad la que nos invita a dejarnos acoger por el amor del Padre, en Cristo. Justamente ese amor misericordioso absorbe nuestra atención al acercarnos a la Palabra hoy.

Es un acercamiento a través de una de las páginas más hermosas de todos los evangelios: las parábolas de la oveja perdida, de la dracma perdida y del hijo pródigo, es decir, del “padre amoroso”...

Dejarse arrastrar por el amor del Padre y sentirse llevado por su alegría son los dos aspectos de la misericordia de Dios que el texto lucano pone delante de nosotros de forma muy dinámica y cercana. Veámoslo.

La obra de arte que es todo el cap.15 del evangelio de San Lucas presenta una composición sencilla de abarcar:

- introducción (vs.1-3): forma parte de nuestro texto de hoy;
- parábola de la oveja perdida (vs.4-6);
- parábola de la moneda perdida (vs.8-9);
- parábola del hijo pródigo (v.11ss.);
- algunos versículos, como el 7, son redaccionales, y engarzan los diversos materiales que el autor recibió de las propias fuentes, como la AL@, para extraer conclusiones éticas, o dar trabazón lógica al discurso.

En el camino hacia Jerusalén, utilizado por Lucas como base literaria de los hechos y dichos de Jesús hasta su muerte y resurrección, Cristo unas veces se dirige a los discípulos, y otras, como ésta, a los doctores de la ley y fariseos.

Se trata, así, de responder a la crítica que éstos le hacen de convivir con pecadores, descreídos, etc. De aquí que esas tres parábolas sirvan para describir las actitudes de Jesús, a modo de un resumen de todo el evangelio lucano.

Sin que necesariamente Jesús las pronunciara en este orden, hay que admitir más bien la mano recopiladora del redactor, para presentar desde Cristo la misericordia de Dios con los pecadores.

Hay aquí una invitación de Jesús a la conversión, junto a la alegría que ello conlleva para todos: temas lucanos. En este contexto de buena nueva a los marginados, puede destacarse el distanciamiento de Jesús de los fariseos.

Es una actitud que se ve en el hijo mayor de la parábola, o es el recurso del autor a la figura de Dios como pastor de Israel (cf. Jr 31,10ss.), o el lamento de Raquel por su hijo (cf. Jr 31, 15).

b. Texto

Llama la atención en todo el contexto y -en esta parábola de hoy- el contraste “pérdida - encuentro” como recurso literario muy rico a disposición del lenguaje evangélico, de buena noticia de parte de Dios.

Describe la primera parte de la parábola del hijo pródigo una de las situaciones humanas más corrientes: abandono, después del desorden de la propia vida; sentirse en soledad y con conciencia de culpa, etc.

Por eso, no es de extrañar que la crítica exegética moderna haya descubierto textos paralelos en la literatura babilonia o cananea, p.ej., tendentes a expresar actitudes vitales como el dilema libertad - responsabilidad, etc.

Es la evocación de la nostalgia del retorno, o el recurso a la gracia reconciliadora de Dios, etc., frente a la incompreensión del hijo mayor, que representa a los fariseos, cumplidores de verdad y sinceramente de sus deberes.

No se olvide esto, porque aquí destaca el autor la alegría del Padre que perdona, núcleo del tema que nos ocupa. Un tema menor, aunque de enorme trascendencia, es el proceso de conversión del hijo.

La gracia de Dios lo hace volver, aunque los inicios sean muy egocéntricos: tenía hambre, estaba mal. Pero a la vez se siente indigno, que es la condición previa del perdón definitivo.

La pérdida de los derechos ulteriores por parte del hijo menor, lleva a Lucas a poner en boca de éste esas palabras que lo abren al perdón: “ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Siempre la iniciativa es del Padre, que “sale corriendo a su encuentro”. Para Lucas, hasta el acto de conversión es fruto de la gracia de Dios, no de pura y exclusiva iniciativa humana.

Más adelante se ven otros detalles de la explosión de amor por parte de ese Padre.

c. Para la vida

Todos esas consideraciones y otras más que podrían hacerse no deben apartarnos del punto focal lucano: se trata de la iniciativa amorosa de Dios para con los marginados, los malos, los tenidos como tales en este mundo.

Hermano creyente, eso nos compromete a todos, ¿no? Me gustaría creerme que, aparte de sentirme hijo pródigo, yo, y tú, y todos fuéramos aprendiendo de la actitud de Dios para con los hermanos.

Sería bueno, en especial, con los malos “oficiales” (que, por supuesto, muchas veces también lo son “de verdad”). Quiero vencer la tentación de hacer “moralina” con esta preciosa parábola.

Te invito, hermano y hermana a que me ayudes a regenerarme por dentro, viviendo y gozando de la actitud misericordiosa del Padre: así sí que podemos madurar como personas y como creyentes, digo yo...

Porque, vamos a ver, compañero en el camino de la fe: ¿no es verdad que nuestros criterios para juzgar y tratar a los demás no se parecen mucho a los del Padre?

Y no se trata de no exigir justicia: delante de barbaridades y canalladas como la de estos últimos días, no hay más remedio que demandar el cumplimiento de la ley, estrictamente, además, con rigor y dureza.

Junto a eso, el corazón de un discípulo de Cristo sabe que el juicio definitivo es sólo de Dios, y que, mientras, nuestra tarea es gozar de la misericordia del Padre, ayudando a otros a aceptarla en sus vidas.

¿Tú crees también, hermano, que es posible exigir y hacer justicia, y tener entrañas de misericordia a la vez, actuar sin ira y sin odio, a estilo del Padre? A mí me parece que sí.

Lo que pasa es que en nuestra vida diaria, y no sólo en casos excepcionales, nos resulta muy difícil, porque, como Pablo, “veo lo bueno, y hago lo peor” (cf. Rom 7, 20ss.).

Tampoco está de más recordar lo peligroso de la actitud del hijo mayor: ¡jun “tío legal” de verdad! Y sin embargo, no es trigo limpio. Bueno, pues ahí queda eso.

Lo que está claro es que la actitud del Padre -que es de Él, ciertamente-, no la presenta el Señor sólo para beneficiarnos de ella. Lucas, por supuesto, invita a los creyentes a actuar así, al menos como tendencia.

O sea, amigo, no eches balones fuera, y aplícate el cuento: quiero decir, vamos a seguir al Señor, si podemos, un poquito, ¿vale?

Antonio Rojas, sdb

aderojasr@yahoo.es